

# El Cartel de Manabí

Por Marlon Puertas

**P**ese a que la policía presentó a César Fernández Cevallos como el cabecilla de la organización de narcotraficantes develada en Manabí, en realidad aquella posición le corresponde al mexicano de 19 años Eduardo Federico Díaz Villavicencio, quien sería hijo de uno de los hombres fuertes del cartel de Sinaloa.

En efecto, es el joven Díaz quien contacta en Quito al colombiano Guillermo Rodríguez Bermúdez, cañeño de 67 años, quien al parecer ya tenía alguna experiencia en exportaciones por mar hacia Europa. Entre los dos se proponen encontrar a un ecuatoriano que les facilite la tarea de enviar droga hacia México, al comienzo por alijos ocasionales por avión y luego a través de una empresa legalmente constituida en el Ecuador y que se dedique a la importación de productos mexicanos.

Lo que no queda claro es por qué ambos pensaron inmediatamente que ese ecuatoriano podría ser el ex gobernador de Manabí, César Fernández Cevallos. El contacto, analizando las declaraciones de los detenidos, fue el piloto Carlos Lozano, quien conocía a Fernández, pues este era también un viejo piloto y propietario de un hangar en Portoviejo y de dos aeronaves. Aparentemente, las negociaciones entre Rodríguez Bermúdez y Fernández fueron rápidas y la partici-



*En la foto el empresario y ahora acusado de narcotráfico: César Fernández Cevallos.*

pación del político manabita se concretó con una utilidad de \$ 400 mil.

Las operaciones comenzaron con velocidad. De inmediato, en un primer vuelo del avión jet DH 125 con matrícula mexicana, tres mexicanos arribaron con un millón de dólares en efectivo. El dinero serviría para com-

prar 500 kilos de droga y su envío a México, pero también alcanzaría para pagar los trámites iniciales de la instalación de la empresa importadora y comercializadora Delta S.A., propietaria del avión, en la Zona Franca de Manabí, Zoframa. La idea era importar desde México tequila y exportar desde Ecuador mangos, pero en realidad, la representante legal de la compañía, Tania Villaseñor, estaba consciente de que todo era una fachada para los envíos de la droga.

En los pasos burocráticos para concretar este negocio era fundamental César Fernández, quien se había presentado ante los mexicanos como el mayor accionista de la Zona Franca de Manabí, en sociedad con un misterioso francés que hasta ahora sólo se lo conoce como **Jean Pierre**. Fue así como Fernández intentó comprar acciones de Zoframa y comenzó a cotizar los precios de barcos, que permitieran el traslado de la mercadería. Para tratar las supuestas inversiones que realizarían los mexicanos en Zoframa, César organizó una cena en el hotel Marriott de Quito, en la que participaron su hermano **Luis Fernández**, el francés **Jean Pierre** con su esposa y el coronel **Napoleón Villa**, con su esposa y hermana del presidente de la República, **Janeth Gutiérrez**.

La polémica cena, aún no aclarada del todo mientras no declaren dentro del proceso sus comensales, ocasionó el mayor dolor de cabeza al gobierno dentro del tema del supuesto financiamiento de César Fernández a la campaña electoral de **Lucio Gutiérrez**. Del financiamiento por \$ 30.000 solo se sabe por la declaración de una fuente no revelada por el diario *El Comercio*, que la defiende como proveniente de una persona de credibilidad probada pero de la cual, por supuesto, no revela su nombre. A su vez, la participación de Fernández en esa campaña —inicialmente negada por el presidente **Lucio Gutiérrez** el 13 de octubre en *El Universo* y otros diarios del país— está más que probada por fotos, videos y testimonios múltiples.

### Lo que aportaba cada uno

La parte que César Fernández aportaba a la organización del narcotráfico era justamente la realización de las gestiones y la garantía de seguridad en el desarrollo de sus acciones ilícitas, gracias a su condición de ex gobernador. La otra parte, la compra de la droga, le correspondía al colombiano Guillermo Rodríguez Bermúdez, a quien en un principio la policía identificó como primo hermano de los hermanos **Rodríguez Orejuela**, capos del Cartel de Cali. Guillermo Rodríguez negó ese paren-

tesco pero aceptó que su función era conseguir los 500 kilos de cocaína encomendados por los mexicanos.

El precio que, según él, pagó es alto: su hijo adoptivo **Ángel Ortiz** fue a México en condición de garantía por el millón de dólares entregado a Rodríguez, hasta que la droga que se le pidió llegue a México. Ahora que la operación fracasó, el colombiano teme por la vida de su hijo y la suya también.

Los demás detenidos, aparentemente, son ejecutores de tareas específicas dentro de una compleja organización que recién comenzaba a instalarse en el país. Pese a que fue desarticulada a tiempo, nada garantiza que otros ecuatorianos no sean invitados a participar de este negocio tan rentable como cruel. O que ya estén participando desde hace tiempo y que nadie se haya dado cuenta. ■

## Un pequeño golpe a un gigante

Aún no se puede cantar victoria. Si bien el golpe que dio la policía en Portoviejo es fuerte y la repercusión política que tuvo la detención del ex gobernador de Manabí, César Fernández Cevallos, rebasó los cálculos (ver *Breve* en esta misma edición), el problema de fondo sigue casi intacto. Ecuador es un país apreciado por los grandes narcotraficantes del continente debido a sus facilidades para el almacenamiento, transporte y exportación de estupefacientes. Y poco se ha hecho para remediar esta situación.

Lo paradójico es que da la impresión de que el tráfico de drogas se ha incrementado, especialmente en Manabí, pese a que desde 1999 opera, en la base aérea de Manta, el control satelital para detectar movimientos del narcotráfico, dirigido por el gobierno de Estados Unidos. Cierta o no esta observación, los números que presentaron las propias autoridades de EEUU el año pasado preocupan: desde que comenzaron a trabajar los radares norteamericanos desde Manta, se ha logrado interceptar 256 toneladas métricas de cocaína, 38 toneladas de marihuana, se ha arrestado a más de 500 personas y se confiscaron 153 aviones y barcos. Aunque las cifras parecieran exitosas, la realidad es otra. Según el jefe de la oficina antidrogas de las Naciones Unidas, **Klaus Nyholm**, 250 toneladas de cocaína salen por los puertos ecuatorianos cada año, es decir, cinco toneladas de droga por semana evaden con facilidad los débiles controles en nuestro país. Esta cantidad representa el 40 % del total de la cocaína que produce Colombia para el mundo.

Esto representa mucho dinero. La tonelada de cocaína cuesta actualmente casi \$ 25 millones, lo que indica que por nuestros puertos se exporta anualmente la increíble cifra de \$ 6.250 millones en droga. De ahí se concluye que pese al evidente esfuerzo policial, que incrementó sus incautaciones de droga en más del 100% en los últimos tres años, el ilegal negocio no se ve afectado en más allá del 10 % de su capacidad total.

Por lo que se entiende que la ayuda internacional que el Ecuador recibe vaya básicamente dirigida a los controles portuarios. España tomó la iniciativa y no lo hizo de buena gana. Según **Gonzalo Robles**, responsable del Plan Nacional de Drogas de ese país, “la mayor parte de estupefacientes que llegan a España desde la región andina, son en contenedores provenientes del Ecuador”. En los últimos tres meses, a dos barcos se les detectó esa novedad. Por lo pronto, los españoles financiarán un plan piloto de control en los puertos de Guayaquil y Manta. A ellos se suma EEUU, que financió la construcción de un puesto de control antidrogas en el puerto de Manta, que comenzará a funcionar en los próximos días. Y por supuesto, la colaboración directa con la Policía ecuatoriana de la DEA norteamericana, que aunque siempre conserva el perfil bajo, siempre da *soplos* muy importantes.